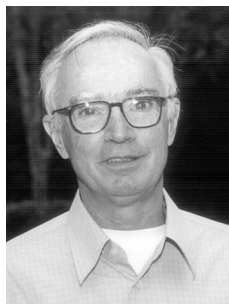




EL DESAFÍO DE LA COMUNIÓN ECLESIAL A LA LUZ DE LA TRINIDAD



P. João Batista Libanio, SJ

Sacerdote jesuita, dio clases de teología en la Universidad Jesuita de Filosofía y Teología de Belo Horizonte, (Brasil), donde estudian alumnos de otras nacionalidades de América Latina, Estados Unidos, España, Italia y Polonia. Colaboró como Vicario en una parroquia en la periferia de la ciudad. Últimamente ha publicado cuatro libros sobre el lenguajes de Jesús y uno sobre la Juventud [São Paulo: Paulus, 2013].

Resumen

El término *comunidad eclesial* responde a diversas interpretaciones. La tradicional se refiere a la *comunidad de los fieles con la jerarquía*. El Concilio Vaticano II habla de los bautizados como *Pueblo de Dios*. Las comunidades eclesiales de base viven en la base pobre de la Iglesia. A manera de síntesis, el sentido preponderante hoy busca mantener la *comunidad con la jerarquía, sin olvidarla, entre todos los fieles*. A la luz de la Trinidad, ella se ilumina porque en Dios primero está la *comunidad de amor, que es infinita, hasta el punto de ser un solo Dios*.

O termo *comunhão eclesial* responde a diversas interpretações. A tradicional se refere à *comunhão dos fieis com a hierarquia*. O Concílio Vaticano II fala dos batizados como *Povo de Deus*. As comunidades eclesiais de base vivem-na na base pobre da Igreja. À guisa de síntese, o sentido hoje em voga busca manter a *comunhão com a hierarquia sem esquecer-a entre todos os fieis*. À luz da Trindade, ela se ilumina porque em Deus primeiro está a *comunhão de amor, que é infinita, a ponto de ser um só Deus*.

El tema de la *comunidad* contiene una belleza única. Desciende de la Trinidad hasta las relaciones humanas. En una maravillosa frase, Leonardo Boff escribió: “En el principio está la *comunidad de los Tres*, no la soledad del Uno”¹. Ella hace la gran diferencia entre la concepción del Dios de la fe cristiana y la concepción de las otras religiones, que no conocen a Dios como *comunidad trinitaria*.

En 1985, con ocasión del 20º aniversario de la finalización del Concilio Vaticano II, Juan Pablo II convocó el Sínodo Extraordinario para dedicarse detenidamente a examinar el evento, los escritos y la recepción del Concilio.

Al final, se llegó a la idea central de que la *comunidad*, como realidad para entender a la Iglesia, traducía, en profundidad, el núcleo del Concilio. Tal constatación apuntaba una cierta novedad. Como toda realidad humana histórica no estuvo exenta de ambigüedad. El térmi-

no comunión eclesial responde a diversas interpretaciones. En cuatro momentos se ha comprendido de manera diversa.

Momento jerárquico: Primado de la jerarquía

En el primero, la Iglesia se configura como institución sólidamente jerárquica en el sentido de estamentos de diferentes niveles de autoridad, de grados de mayor o menor relevancia institucional. La trilogía clásica del Papa, el obispo y el clero constituye la jerarquía sagrada por la vía del sacramento del Orden. Y, en contraposición, están los laicos, que no pertenecen al cuerpo clerical.

Tal concepción se consolidó especialmente en el siglo XI por iniciativa de los Pontífices romanos. Gregorio VII (1073-1085), a quien se atribuye el *Dictatus Papae*, afirma que solamente el Papa es universal, que puede deponer o reponer obispos; que en el Concilio hasta su representante está por encima de todos los obispos y que puede deponerlos. Y las

afirmaciones siguen en el mismo tenor, manifestando el poder absoluto del papa².

La tendencia centralizadora del poder pontificio creció a lo largo de los siglos en las figuras de Inocencio III (1198-1216), de Bonifacio VIII (1294-1303). Éste comparó su poder con el sol del cual todos reciben la luz³. Y después de que el Papa perdió gran parte del poder político y militar

La trilogía clásica
del Papa, el obispo y
el clero constituye
la jerarquía sagrada
por la vía del
sacramento del
Orden.

en los Estados Pontificios con la reunificación de Italia, Pio IX dislocó al interior de la Iglesia la misma concepción. El Concilio Vaticano I definió, bajo su pontificado, el primado del poder. Al tenor de la definición aparece la idea de la comunión en el sentido de obediencia

y sumisión de todas las Iglesias y fieles al Romano Pontífice en cuestiones de doctrina, moral y disciplina⁴.

Tal comprensión del poder se presentó en menor grado, pero de la misma naturaleza, con relación a los obispos y al clero. Comunión, en este primer sentido, significa obediencia, sumisión

al poder constituido. Los obispos mantienen la comunión con el Papa, obedeciendo y sometiendo-se a él. Los sacerdotes y los fieles respecto a los obispos. Y, en menor grado, los fieles con relación al clero.

El Sacramento del Orden ocupa, por lo tanto, un papel fundamental en la concepción de la comunión jerárquica. Esta significa obedecer a aquellos que representan la autoridad de Cristo en virtud de la función que recibieron en la Iglesia por medio del sacramento del Orden.

Momento del Concilio Vaticano II: Pueblo de Dios

El Concilio Vaticano II se encontró delante de una difícil tarea. No podía contrariar las enseñanzas del otro Concilio que se pronunció de manera solemne y definitiva.

El toque original se orientó a encausar el acento y la comprensión de comunión del sacramento del Orden hacia el Bautismo. Sin negar la jerarquía, antecedió a esta reflexión un capítulo dedicado al Pueblo de Dios. De modo que todos los bautizados son iguales. Hay una comunión en el Bautis-

mo anterior a la comunión de obediencia y sumisión a la jerarquía.

En este sentido, el Concilio Vaticano II reformula la eclesiología que se venía elaborando desde la Edad Media, reforzada en la Contrarreforma y en el Concilio Vaticano I, que consideraba a la Iglesia como sociedad perfecta, fuera de la cual no hay salvación. En la sociedad, el poder supremo desempeña un papel fundamental en la organización y en la acción. En el caso de la Iglesia, es la jerarquía ordenada. La consecuencia práctica había desembocado en un fuerte clericalismo. El Vaticano II, en cambio, acentuó el papel del laico, su relevancia en la Iglesia, entendiéndola como Pueblo de Dios.

Citando a san Pedro, el Vaticano II enseña que todos los que creen en Cristo, renacidos por la Palabra, por el agua y por el Espíritu Santo, son “una raza elegida, un sacerdocio real, una nación santa, el pueblo de su particular propiedad... que otrora no lo era, pero ahora es el pueblo de Dios” (1 P 2, 9-10)⁵. La Iglesia de Cristo es el Nuevo Israel del tiempo actual. El Concilio avanza y valora el sacerdocio común de los fieles. Sin negar la originalidad del

ministerio jerárquico, ve antes la mutua referencia entre ambos que se originan del sacerdocio único de Cristo⁶.

El ejercicio del sacerdocio común, el sentido de la fe de los fieles, los diferentes carismas del Pueblo de Dios, su universalidad y catolicidad, el carácter misionero de toda la Iglesia, la relación con los cristianos no católicos y no cristianos, traducen bien el nuevo sentido de comunión. Ella atraviesa a todo el Pueblo de Dios y va más allá por obra del Espíritu Santo. No se constituye a fuerza de obediencia y de sumisión, sino por la acción del Espíritu Santo, en virtud de la gracia del Bautismo.

En términos teológicos, el Concilio Vaticano II llegó a una cierta claridad. Sin embargo, las instituciones eclesiásticas acompañaron con lentitud y hasta con resistencia a este movimiento de comu-

nión de carácter más horizontal que vertical.

Los años pos-conciliares vivieron la tensión entre las dos comprensiones de comunión. Ellas no se contradicen teológicamente, pero experimentaron impases prácticos e institucionales.

El Concilio Vaticano II inició la reformulación de la eclesiología que se había sedimentado en la perspectiva de la Contrarreforma, de la sociedad perfecta, de la identificación de la Iglesia Católica con el Cuerpo Místico de Cristo, del *Extra Ecclesiam nulla salus* en sentido bien restringido, de la Iglesia todavía de Cristianidad, del poder soberano del Papa, del fuerte clericalismo, de la insistencia en la

vigilancia objetiva del *Depositum fidei*, etc.

El Vaticano II gira 180 grados. Comprende la Iglesia como Pue-

El ejercicio del sacerdocio común, el sentido de la fe de los fieles, los diferentes carismas del Pueblo de Dios, su universalidad y catolicidad, el carácter misionero de toda la Iglesia, la relación con los cristianos no católicos y no cristianos, traducen bien el nuevo sentido de comunión.

blo de Dios. Esta comprensión de la Iglesia se trabajó en los años posteriores al Concilio. Pero, algunas tareas quedaron incompletas. La reflexión teológica, en vez de avanzar, por recelo de la dimensión sociológica del pueblo, de la igualdad radical entre los miembros, de los ecos liberadores venidos del Antiguo Testamento y asimilados por la teología de la liberación, asume la dimensión de la eclesiología de la comunión.

Momento de las comunidades eclesiales de base

Entonces surgió un momento en que se destacó la comunión a partir de la base de la Iglesia. Se expresó en la consigna del II Encuentro Inter-ecclesial de Comunidades Eclesiales de Base: la Iglesia que nace del pueblo por el Espíritu de Dios⁷.

Dos puntos se muestran fundamentales en ese momento de la reflexión teológica. Las Comunidades Eclesiales de Base, CEB, surgen en las periferias sociales, rurales y urbanas. La Conferencia Nacional de Obispos de Brasil, CNBB, se atreve a llamarlas “nuevo modo de ser Iglesia”, al ver en ellas “unos de los trazos más dinámicos de la vida de la Iglesia”,

“factor de renovación interna y nueva manera de estar presente la Iglesia en el mundo”. Las considera “un fenómeno irreversible, si no en los detalles de su estructuración, al menos en el espíritu que las anima”⁸.

Bajo la perspectiva de la presente reflexión, ellas significan un nuevo tipo de comunión. Muchas surgen de los encuentros bíblicos. Las personas se reúnen en torno a la Palabra de Dios y la leen en conexión con la propia vida, la situación social y política. El soporte de la comunión nace, por lo tanto, de tres fuentes: lectura de la Palabra de Dios, en comunidad y articulada con la vida.

Además de los encuentros bíblicos, la comunión dentro de las CEB se alimenta de celebraciones dominicales y otras, animadas por laicos, ya que aproximadamente el 70% de las comunidades no tienen ministro ordenado que las presida⁹. Tienen, por lo tanto, la celebración de la Palabra.

Las luchas populares desempeñan un papel relevante en la creación de la comunión de los fieles. La fe de la comunidad, que une a todos en la lucha por la justicia y la liberación contra la condición

de opresión e injusticia social, genera profunda comunión entre todos. No son pocos los miembros de las CEB que ya testimoniaron la fe hasta entrega su vida en el martirio. El hecho y su celebración crean momentos de profunda comunión entre los fieles. En ellas se articulan la aspiración por la liberación con la lectura de la Palabra de Dios, que cumple el papel de alimento y fuerza espiritual. Y las celebraciones de los mártires, cuya memoria se aviva en las oraciones, palabras y escritos, traen todavía más comunión¹⁰.

Pablo VI, en la Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*, recoge y profundiza los resultados del Sínodo de 1974 sobre “La evangelización en el mundo moderno”. En ella se refiere al “lugar de los ministerios no ordenados, y que son aptos para asegurar un servicio especial de la Iglesia”¹¹. En las CEB se encuentra su verdadera fuente. Y ellos fortalecieron la comunión al interior de la Iglesia. A manera de ejemplo concreto, la diócesis de Crateús recogió datos respecto a los ministerios que en ella se practican. Destacó cuatro grandes grupos relacionados con la Palabra, con las celebraciones, con la coordinación y con la acción en el mundo. Todos

ellos se constituyen en focos de participación y comunión eclesial. Toca la realidad diaria de las personas desde la lectura y la predicación pasando por las novenas y otras devociones, hasta la presencia en consejos administrativos y acciones apostólicas de visita a los enfermos y militancia sindical y política¹².

La comunión, que las CEB cultivan en su interior, inició ya un paso hacia adelante que se volvió tema actual en la vida de la Iglesia: crear redes de comunidades. En el 2010, la CNBB exhortaba, citando el Documento de Aparecida, que la parroquia busque transformarse en “red de comunidades y grupos, capaces de articularse logrando que sus miembros se sientan realmente discípulos misioneros de Jesucristo en comunión”¹³, teniendo como modelo a las primeras comunidades cristianas retratadas en los hechos de los Apóstoles (Hch 2, 42)¹⁴.

Comunidad de comunidades: una nueva parroquia ocupó el tema central de la 51ª asamblea general ordinaria de la Conferencia Nacional de Obispos de Brasil -CNBB- realizada en Aparecida-SP, del 10 a 19 de abril de 2013¹⁵. La CNBB preparó un estudio para ser

discutido en las Iglesias particulares¹⁶, el cual se está desarrollando.

Pedro A. R. de Oliveira ya había analizado un modelo que da un paso todavía más hacia adelante. La Iglesia se entiende como red de comunidades en su totalidad. Se abandona el modelo parroquial como matriz, para que cada comunidad tenga autonomía, por un lado y, por el otro, se articule con las demás¹⁷. Al unirse en red, cada una ofrece servicios específicos, sin que haya una central. El gobierno se hace a través del colegiado de los coordinadores de cada comunidad, elegidos por cada CEB para un determinado tiempo. El ministro ordenado cumpliría la función de animador de la comunidad, ofreciendo su servicio específico.

El estudio de la CNBB mantiene el modelo parroquial. Puede ser un modelo intermedio para una futura Iglesia en la totalidad como red de comunidades, como vimos arriba.

Momento del Sínodo de 1985

En 1985, para conmemorar los 20 años de la conclusión del Concilio Vaticano II, Juan Pablo II convocó un Sínodo Extraordi-

nario para reflexionar sobre el Concilio y recoger los elementos fundamentales. En la Exhortación Apostólica pos-sinodal *Christifideles Laici*, él afirma que la “eclesiología de comunión es la idea central y fundamental en los documentos del Concilio”¹⁸.

Los momentos anteriores señalaban la idea central del Concilio como Pueblo de Dios y entendían la comunión a partir de la base. El Sínodo y la Exhortación pos-sinodal postulan la idea del pueblo hacia la comunión, entendido antes, con y a partir de la jerarquía.

Durante más de tres décadas, predominó la eclesiología de comunión alrededor de los tres centros clásicos: Roma, diócesis y parroquia. Solo que el centro romano se tornó todavía más vigoroso de modo que los otros dos giraban alrededor del único polo romano. Y la comunión se entendía y se evaluaba por la fidelidad, sumisión y obediencia a Roma.

Se juzgó al finalizar el Pontificado de Pablo VI (1978) que la comunión entendida a partir del Pueblo de Dios y de la base eclesial generaba discordia en el interior de la Iglesia. El concepto pueblo provocó cierta compren-

sión socializante de la Iglesia y el énfasis en la base generaba un descontrol en la doctrina, en la práctica moral y en la disciplina. Hacía falta redimensionar el caminar de la Iglesia. Y eso sólo se hace posible con el fortalecimiento del polo romano¹⁹.

Conclusión a la luz de la Trinidad

Una mirada profunda sobre la trayectoria de comunión nos viene de la Trinidad. También con relación a ella, hay diversos movimientos. Brevemente señalamos las concepciones expresadas en las clásicas palabras: Trinidad inmanente y Trinidad económica.

La Trinidad inmanente focaliza la vida interna de Dios. El Padre genera eternamente al Hijo y ambos espiran el Espíritu Santo. La comunión les viene de la única esencia divina de la que las Tres personas participan igual y eternamente.

Las Tres personas se conocen, se aman, se relacionan en tal profundidad e intensidad que constituyen una única naturaleza, una única voluntad, y un único amor.

Cuando pensamos la comunión eclesial a partir de la vida inma-

nente de la Trinidad, fácilmente identificamos la necesidad que todos tenemos de pensarnos, sentirnos, y amarnos igualmente. Y como en la institución eclesial la figura del Papa asume la soberanía única, la comunión se mantiene con relación a él por el movimiento de la identificación en la voluntad, en la inteligencia y en el amor con su autoridad.

La Trinidad económica significa el actuar de Dios fuera de la vida intra-trinitaria. El clásico axioma teológico hace eco a que toda acción fuera de Dios es común a las tres personas. Las tres personas nos crean, nos santifican, actúan en la Iglesia, generan la comunión en su interior.

La teología muestra, por tanto, que en el actuar común cada una tiene algo de propio. Pues la Trinidad económica es la Trinidad inmanente y viceversa, enseñan varios teólogos²⁰. Cada persona Trinitaria, con su propiedad y distinción produce la comunión en la Iglesia. En esa comprensión, se entiende mejor que no cabe privilegio eclesial alguno en la vivencia de la comunión. El Padre, como fuente de comunión, hace a todos los cristianos también origen de comunión. El Hijo,

como aquel que la realizó en la historia, nos llama a todos a seguirlo igualmente en la creación de comunión en todo lo que realicemos. El Espíritu Santo, vínculo eterno de comunión y de amor, nos transforma en vínculo de comunión y amor en la historia. Así la Trinidad económica, que actúa de acuerdo con su vida intra-trinitaria, permite una comprensión de comunión como exigencia igual a todos. No hay superioridad. Las diferencias vienen de la mayor o menor experiencia trinitaria de los fieles. Y entonces adquieren, en cierto sentido, mayor relevancia los místicos, las personas profundamente religiosas y que viven en intimidad con Dios. Como saborean tal comunión Trinitaria con los toques distintos de cada persona de la Trinidad, logran entonces vivenciarla y realizarla en el interior de la Iglesia.

Notas:

- ¹ BOFF, L.. A Santíssima Trindade é a melhor comunidade, São Paulo, Vozes: 1988, p. 23.
- ² http://pt.wikipedia.org/wiki/Dictatus_Papae
- ³ Bonifacio VIII, Bulla Unam Sanctam, 18 nov. 1302: DS 873.
- ⁴ El Concilio Vaticano I enseña, de manera solemne, que la Iglesia Romana posee el primado del poder ordinario sobre todas las otras y que el Roma-

no Pontífice tiene poder inmediato y episcopal de jurisdicción a quien están obligados, por deber de subordinación jerárquica y de verdadera obediencia, los pastores y los fieles en las cosas referentes a la fe, a las costumbres y a la disciplina. Así se guarda la unidad de comunión y de fe con el Romano Pontífice (DS 3060).

- ⁵ Concilio Vaticano II. Constitución dogmática *Lumen Gentium* (LG), n. 9.
- ⁶ LG 10.
- ⁷ SEDOC. Comunidades eclesiais de base. Uma Igreja que nasce do Povo pelo Espírito de Deus. V.9 1976, n. 95.
- ⁸ CNBB, Comunidades eclesiais de base na Igreja do Brasil, Documentos da CNBB, n. 25, São Paulo, Paulinas, 1982, p. 5.
- ⁹ CNBB. Orientações para a Celebração da Palavra de Deus. 32ª Assembleia Geral. Itaici, SP, 13 a 22 de abril de 1994. Documento 52 in <http://arqui-diocesedecampogrande.org.br/arq/formacao/formacao-igreja/documentos-da-cnbb/6559-doc-52-cnbb-orientacoes-para-a-celebracao-da-palavra-de-deus-.html>.
- ¹⁰ Ya hace años que se publica una Agenda Latino-americana donde se relatan innumerables hechos de persecución y martirio del pueblo de la base. Su lectura sirve de alimento para fortalecer la comunión eclesial: latinoamericana.org/brasil. Para mas informaciones consultar justpaz@dominicanos.org.br
- ¹¹ Paulo VI, Exortación Apostólica Evangelii Nuntiandi, n. 73.
- ¹² Diocese de Crateús, Estudo sobre Ministérios. Caderno Pastoral n. 99, Crateús, 1987, p. 1-3.
- ¹³ Documento de Aparecida, n. 172.
- ¹⁴ CONFERÊNCIA NACIONAL DOS BISPOS DO BRASIL. Mensagem ao Povo de

Deus sobre as Comunidades Eclesiais de Base. CNBB: Brasília, 2010, p. 21.

¹⁵ Ver artículo de Mons. Pedro Luiz Stringhini. Comunidade de comunidades: uma nova paróquia in <http://www.cnbb.org.br/site/articulas/dom-pedro-luiz-stringhini/12007-comunidade-de-comunidades-uma-nova-paroquia>

¹⁶ Estudo 104 da CNBB - “Comunidade de comunidades: uma nova paróquia”. Edições CNBB: Brasília, 2013, 1ª ed.

¹⁷ Ver el excelente artículo de Ribeiro de Oliveira, P. A.: Unidade estruturante da Igreja, en C. Boff, I. Lesbaupin et alii, Comunidades de base em questão, São Paulo, Paulinas, 1997, p. 121-175.

¹⁸ JOÃO PAULO II. Exortación Apostólica pós-sinodal *Christifideles Laici* sobre vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo. Aparecida: Santuário, n. 19.

¹⁹ Este asunto fue bien trabajado y adquirió varios nombres conforme se ve en el título de los artículos. J. I. González Faus, “El meollo de la involución eclesial”, en: *Razón y Fe* 220 (1989), n. 1089/90, p. 67-84; “O neoconserva-

dorismo. Um fenômeno social e religioso”, en: *Concilium* n. 161 - 1981/1; F. Cartaxo Rolim, “Neoconservadorismo eclesiástico e uma estratégia política”, en: *REB* 49(1989), p. 259-281; P. Blanquart, “Le pape en voyage: la géopolitique de Jean-Paul II”, en P. Ladrière - R. Luneau, dir.. *Le retour des certitudes. Événements et orthodoxie depuis Vatican II*, Paris, Le Centurion, 1987, p. 161-178; J. Comblin, *Teologia da Libertação. Teologia neoconservadora e teologia liberal*, Petrópolis, Vozes, 1985; F. Javier Vitoria, “Hacia un cristianismo evangélico en un horizonte neoconservador. Criterios de localización y pistas de realización”, en *Iglesia Viva* (1988) ,n. 134/135, p. 223-247; J. B. Libanio, *A volta à grande disciplina*, São Paulo, Loyola, 1984; (trad. esp.: *La vuelta a la gran disciplina*, B. Aires, Paulinas, 1986).

²⁰ RAHNER, K. *Curso Fundamental sobre la fe. Introducción al concepto de cristianismo*. Herder: Barcelona, 1979, p.169ss.